

La dramatización de la violencia

Ángel Benito

1. INTRODUCCIÓN

Los medios de comunicación son, sobre todo, instrumento para la información de los ciudadanos. Desde este punto de vista se han convertido en fundamento muy valioso de las sociedades contemporáneas. En su conjunto, todos los medios -y, especialmente, los llamados medios convencionales o de masas, la prensa, la radio y la televisión- en su acción diaria facilitan el acceso de los públicos a lo que debe llamarse la sociedad del conocimiento.

Esta sociedad del conocimiento facilita la participación de los ciudadanos en las tareas colectivas, ya que, al conocer previamente los acontecimientos sociales del presente, los públicos se convierten en protagonistas de su propia historia y de la historia cotidiana que recogen los contenidos informativos.

Y estos contenidos informativos son violentos porque reflejan hechos sociales que así son. Otra cosa es como debe ser la forma en que se presenten esos hechos.

En el caso de la televisión, dado su poder de fascinación de los públicos menos cultivados y dada también la enorme amplitud de la audiencia, el problema de la exposición de la violencia en las pantallas reviste una responsabilidad en los modos de presentación de la realidad, en el estudio previo de la programación en relación con las audiencias horarias y siempre a partir de las actitudes éticas de los profesionales y de las empresas.

La resolución de este problema, la presentación de la violencia en la pantallas de la televisión, es un asunto de la mayor urgencia, ya que las investigaciones de los últimos veinte años denuncian que las escenas violentas que aparecen en la televisión se han multiplicado por diez en los más variados programas.

Hoy, la preocupación por la influencia social de la televisión, en lo que se refiere a la difusión de los componentes violentos de nuestra sociedad, se ha generalizado y el debate atrae tanto la atención de los políticos y analistas científicos, como de los profesionales del medio.

2. ACTUALIDAD DEL TEMA

Todos los días, en los medios de comunicación impresos y aún en la radio y la televisión, se alzan voces en torno a este problema: es necesario estudiar las consecuencias de la exposición de la violencia en los programas de la televisión y es más urgente aún encontrar alguna solución que pueda prevenir las consecuencias negativas de la programación de la violencia.

Hoy, la responsabilidad acerca de las consecuencias negativas de la televisión, descansa tanto en la sociedad como en el Estado, ya que por lo que hace a nuestro país, las televisiones privadas son la parte menor del mercado televisivo, detentado mayoritariamente por las televisiones públicas, estatales o autonómicas. Es en el uso que hace la sociedad y el Estado donde radica el problema. Pierre Salinger, director de la cadena ABC para Europa, señalaba al estado como la causa remota, y, en muchos casos, directa, del mal uso de la televisión: "la manipulación gubernamental es un grave problema... Cuando la televisión se aleja del Gobierno, su mirada es más honesta". Es decir, es más decente, decorosa, razonable y justa, la televisión en la que el estado no interviene.

Las afirmaciones de Salinger tienen presente la manipulación que se hace del medio televisivo por parte de los Gobiernos, que no viene a ser más que una muestra de perversión de los usos comunicativos. En nuestro momento, los medios, y en mayor medida la televisión, son utilizados para finalidades distintas de las suyas propias de informar de la realidad, criticar esa misma realidad, y, en el caso de la televisión, distraer con la dramatización espectacular de esa misma realidad.

Tod Turner, Presidente de la cadena CNN, incidía directamente en nuestro tema, en unas declaraciones hechas en Barcelona: "La televisión es el factor más significativo que contribuye al incremento de la violencia. Como padre de cinco hijos, no necesito la opinión de expertos para comprobar como el incremento de la violencia en televisión, es claramente perjudicial para los niños". Pero el propio Turner, en una intervención ante el Subcomité de Comunicaciones del Congreso de los Estados Unidos, en junio de 1993, había confesado que "la violencia en la CNN es una consecuencia de la competencia entre los medios".

Es así la búsqueda de los públicos lo que predomina en la programación, volviendo a poner de actualidad una vieja polémica entre los estudiosos de los medios relativa a qué es antes, si la tiranía de los públicos sobre los que deciden los contenidos de los medios, o son los directivos de éstos, los profesionales, los que imponen sus gustos en los públicos, convirtiéndose en responsables de las consecuencias sociales, positivas o negativas, de los medios. En cualquier caso, lo que si está latente en todos los analistas del asunto, es que la televisión, a través de sus mensajes, tiene un gran poder de penetración en los públicos, por eso los políticos la manipulan y las empresas la utilizan en provecho de su negocio.

Anthony Burgess, uno de los estudiosos más sugerentes de nuestro siglo, se refería al tema de la violencia en televisión, negando, de alguna manera, que sea violenta

y señalando que el verdadero peligro de la televisión es que se ha convertido en un agente de degradación social. Esto es lo más peligroso de la televisión, porque sus valores los establecen los intereses comerciales y esto es más peligroso que la violencia física en el medio.

Las opiniones de Burgess, al hacer recaer la responsabilidad en la claudicación de la televisión ante los públicos, no hace otra cosa que señalar la comercialización excesiva del medio como la causa fundamental. En efecto, dada la amplitud de los públicos televisivos, prácticamente ilimitada, los imperativos publicitarios obligan a una programación extensible a todos, que, al no ser valorados como elementos de un público inteligente, quedan reducidos a potenciales clientes de los anuncios que financian la programación. La perversión del medio llega así a su punto más alto: una programación que guste y aplaudan todos, convierte a los públicos en individuos inermes ante cualquier violencia que ofrezca la pantalla. El problema es cultural, y a la vez, moral, ya que para muchos de los componentes de los públicos masivos de la televisión, ésta es su única ventana al mundo, a la cultura, a la educación y al progreso social en definitiva.

3. LOS EFECTOS DE LA TELEVISIÓN

Medir cuales sean las consecuencias públicas de la televisión es uno de los grandes temas de estudio desde que el medio adquirió su carácter masivo. Las posiciones teóricas van desde los partidarios de los efectos positivos del medio, hasta los que culpan a la televisión de casi todos los males de nuestra época. Es cierto que la televisión hace entrar en la sociedad del conocimiento; que es el instrumento por el que grandes masas de población tienen oportunidad de entrar en contacto con el mundo exterior. Pero, también es cierto, que la televisión es el gran altavoz de los problemas de nuestro tiempo; que la pequeña pantalla agranda a dimensiones planetarias los desajustes sociales de todo tipo, al menos por lo que atañe a la amplitud del conocimiento público de los problemas.

Aunque la medición de la trascendencia pública de la televisión no es una ciencia exacta, en algunos puntos sí están concordes los investigadores. Así, por lo que hace a los que se llamaron efectos negativos de la televisión, hace ya decenios que se viene concluyendo en que la televisión, muy especialmente, provoca tres efectos claramente negativos en los públicos: los que se llamaron la disfunción narcotizadora, el empobrecimiento cultural y el desequilibrio psicológico. Es decir: la apelación a las emociones y sensaciones dada la superficialidad y genericidad del mensaje televisivo; la inmersión de los telespectadores en ambientes, culturas y circunstancias ajenas a sus propios mundos y la disfunción narcotizadora que hemos citado en primer lugar, muy discutida por los teóricos y que señala a la televisión como la causante de una pérdida del sentido de lo importante en beneficio de la inanidad de la mayor parte de los contenidos televisivos.

Las características del medio televisión abonan las tesis de los que ven en ella una fuente de efectos negativos. El público de la televisión está caracterizado por su amplitud y su heterogeneidad y ello exige una programación de bajos niveles culturales, que atraiga intereses y curiosidades muy diversas. La rapidez del proceso informativo en televisión frecuentemente es enemiga de la precisión y de la claridad. La continuidad de la difusión invade los ocios y las posibilidades de reflexión de los públicos. La especificidad de sus mensajes, en los que la imagen "hace ver" la realidad, provoca adhesiones faltas de ponderación. La imagen, por otra parte y la dramatización espectacular que se hace de los contenidos televisivos, los hacen extraordinariamente accesibles, no importando cual sea la capacidad intelectual de los públicos para asumir o rechazar lo que se les ofrece con tanta facilidad.

Por otra parte, como estableciera Wright Mills hace ya una treintena de años, la sociedad de masas en la que la televisión tiene su caldo de cultivo, viene caracterizada, en primer lugar, por el dirigismo: una sociedad en la que pocos dan opiniones y la masa las recibe. El acceso activo a los *mass media* no está abierto a los ciudadanos y esto les condena a la pasividad. El control de los medios se extiende también al filtro que se impone a las opiniones individuales, y, en cuarto lugar, esta compulsión del poder impide la formación de estados de opinión autónomos. El uso de la televisión de modo autoritario, aún en las democracias, hace decir a Sino-va que "el poder quiere dominarnos incluso desde un rincón de la sala de estar de nuestra casa".

Estas posiciones pesimistas acerca de las consecuencias sociales de la televisión, fundadas en el mal uso que se hace del medio, responden a investigaciones empíricas que han ido demostrando como también en las democracias, la manipulación del medio televisivo está a la orden del día. Tal vez, porque como demuestran los sondeos electorales, el uso político interesado y partidista de la televisión, puede volcar el voto a favor de los partidos gobernantes. Circunstancia ésta que se viene demostrando en España a través de los usos interesados y autoritarios que el Gobierno socialista viene haciendo de la televisión pública.

4. TEORÍAS SOBRE LA VIOLENCIA EN TELEVISIÓN

Es un lugar común afirmar que la televisión es una ventana abierta al mundo. Pero, esta obviedad nos pone delante de la principal función pública de la televisión: dar a conocer la realidad tal cual ésta es. Por otra parte, la función informativa añade además la necesidad de que los medios hagan la crítica de esa misma realidad, con lo cual equilibran el impacto que los hechos provocan en los públicos y contribuyen a la cristalización fundada de los estados de opinión pública.

Y, la realidad de nuestra época es manifiestamente conflictiva, está plagada de hechos en los que ha de intervenir la policía y los hospitales, que es lo típico de las informaciones de sucesos. Es que la psicología humana, la propia condición del hombre y las peculiares condiciones de la vida en la actualidad, facilitan toda suer-

te de tensiones entre los hombres y entre los grupos sociales. Son frecuentes los enfrentamientos de todo tipo, que dan lugar a actos violentos en los más variados sectores sociales. Y de estos hechos, en tanto que suceden en la realidad y forman parte de la actualidad de la que han de ocuparse los periodistas, han de informar los medios de comunicación. Y, de modo muy especial, la televisión, el instrumento dirigido a los públicos más amplios.

Un análisis detenido de los medios de comunicación, nos llevaría a clasificar las violencias que se dan en nuestra sociedad:

- Las guerras, que han llenado el siglo XX: mundiales, continentales, locales, internas.
- Violencia laboral, estudiantil, deportiva.
- Violencia doméstica: robos, crimen pasional o familiar.
- Violencia ciudadana: inseguridad de las calles, riesgos en aglomeraciones.
- *Violencia demencial: asesinatos indiscriminados.*

A ellos hay que añadir el terrorismo, manifestación de violencia que trata de justificarse con las más variadas causas, pero que llena de sangre los medios informativos a diario. Son violencias que no pueden ocultarse, porque son noticia; noticia de hechos protagonizados por las gentes que conviven con los medios y con los periodistas.

No ha podido comprobarse con exactitud que la difusión por televisión de actos violentos sea causa directa de nuevos actos violentos. Las comprobaciones concretas que se han conseguido sobre la influencia nociva de estas noticias en los públicos, no pueden generalizarse. Ya hace años que la investigación científica, acerca de los efectos de los medios y también de la televisión, viene indicando que los medios no están solos en su acción sobre los públicos; que pueden ser concausas, pero no elementos determinantes de las acciones concretas de los públicos.

En el estado actual de la investigación, puede afirmarse que las teorías acerca de la relación televisión-violencia social no son concordes. Existen posiciones contrapuestas, que podrían agruparse en las siguientes:

– *Teoría del rechazo o de la catarsis: la programación de actos violentos en la televisión, hace disminuir las probabilidades de conductas violentas en los públicos. Los actos violentos televisados no provocan actos de violencia, sirven de escape, de alivio, a las frustraciones del público. Es una teoría abiertamente optimista, a la que algunos autores añaden la idea de que los públicos "equilibran" con su no violencia, el exceso de violencia que contemplan en televisión.*

– *Teoría de los indicios agresivos: los actos agresivos presenciados en la televisión, hacen más probables conductas agresivas, porque provocan una excitación emocional en el espectador. En los casos en los que la violencia sea presentada con apariencias de justificación -defensa personal, venganzas, reparación de agravios-*

umenta la posibilidad de provocar actos violentos porque el espectador se aplica la misma reacción que ve en la pantalla. Por otra parte, cuando la difusión de la violencia ofrece también el dolor y el sufrimiento de las víctimas, las tendencias del telespectador se inhiben y no protagonizan actos violentos por ello.

– Teoría de la ayuda: los espectadores que ya son naturalmente violentos, ven reforzada en la pantalla esa tendencia violenta, subrayándose así la personalidad de los individuos del público y no cualquier otra variable. La persuasión televisiva, no cambia a las personas, refuerza sus acciones, especialmente en las poblaciones carentes de un entorno social normal.

– Teoría del miedo: la visión de un mundo violento a través de la televisión, es recibida por el público como una visión real del mundo, lo que les produce temor a la vida en sociedad.

– Teoría del aprendizaje: la exposición de toda clase de violencias, con explicación incluso de cómo se realizan los actos violentos, es una verdadera escuela del crimen, tal como numerosos estudios han detectado en los comportamientos de las bandas juveniles.

Todas estas teorías y alguna otra, tienen un carácter global y nos presentan la complejidad del problema; un problema que la investigación empírica, muy copiosa por otra parte, no ha resuelto con precisión, ni de forma irrefutable.

5. TRATAMIENTO DE LA VIOLENCIA EN TELEVISIÓN

La violencia, al formar parte de la realidad de todos los días, ha de estar presente en los contenidos de la televisión, tanto en los programas de noticias y reportajes, como en los de ficción. Es una consecuencia del derecho de los ciudadanos a estar bien informados y del deber de los profesionales de contar la realidad. El problema surge a la hora del tratamiento, de la forma técnica y los modos de presentación para que sus consecuencias en los públicos no sean nocivas para la audiencia.

En la historia de la información se ha demostrado que no es razonable ni la censura indiscriminada ni la permisividad absoluta. Que es necesario el respeto a la verdad y a la autenticidad de la creación estética y el respeto a los derechos del público. Históricamente, la solución más cercana al ideal se llama responsabilidad profesional.

La experiencia de los profesionales y de las propias cadenas de televisión, ha elaborado en la práctica una doctrina que ha sido sancionada por las formulaciones teóricas del derecho a la información y respetada por los gobiernos y las sociedades auténticamente democráticos; es lo que se conoce como autocontrol profesional, que debe presidir la acción diaria de todos los medios informativos.

El autocontrol profesional exige, antes de difundir la información: valorar la veracidad de las fuentes; agotar el esfuerzo informativo; tener en cuenta la demanda informativa de la audiencia; su amplitud y su nivel cultural y político. Y valorar también la trascendencia positiva o negativa de la difusión de los hechos. Desde un punto de vista formal, será necesario adecuar la información en modo, tratamiento y cantidad a cada tipo de público (difusión del medio, dimensión real de los hechos, sensibilización del público). Y no limitar nunca, sustancialmente, la noticia.

El autocontrol profesional requiere igualmente, informar en libertad, con criterios *autónomos y profesionales. Humanitarios. Colaborar con los poderes públicos, sólo en casos muy excepcionales, pero sin ocultar la realidad.* En definitiva, el autocontrol profesional exige decidir con criterios estrictamente profesionales y aplicando, cuando el caso lo demande, la prudencia política.

Las noticias referidas al terrorismo exigen aún mayores cautelas para su presentación al público. Una difusión exagerada, en la extensión o en la forma, puede entrañar una cierta colaboración con los terroristas, ya que los actos de terrorismo son actos de propaganda. Por otra parte, minimizar excesivamente la información de hechos terroristas, puede contribuir a dejar inermes ante los terroristas a los ciudadanos por falta de información. En las informaciones sobre terrorismo, dada su gran trascendencia política, debe valorarse siempre, previamente, cuales van a ser las reacciones de los poderes reales: el Gobierno, las Fuerzas Armadas, las Fuerzas de Orden Público.

Dado que la violencia es una constante en nuestra sociedad, también invade los contenidos de ficción que ocupan la mayor parte de la programación de todas las televisiones. El respeto a la creación estética es una variable a tener en cuenta a la hora de programar lo que se produce, lo que se importa y lo que se difunde. No podemos olvidar que la televisión puede ser un extraordinario vehículo de difusión cultural. Que, para millones de personas, es el sustitutivo del libro que a lo mejor nunca tuvieron en sus manos. El respeto a la identidad cultural de los públicos, que tiene que ver con la cultura originaria más que con la cultura académica, tal vez debería de hacer reflexionar a los que importan series televisivas en las que se plantean problemas y realidades culturales ajenas, y hasta opuestas a las de los públicos de televisión. ¿No estará aquí una de las causas de los efectos perniciosos que la difusión de la violencia puede producir en las audiencias?

6. LOS CULPABLES DE LOS MALOS EFECTOS

La responsabilidad última que la difusión de la violencia pueda causar en los públicos, no está ni en la realidad, que es tal cual es, ni en los profesionales que han de reflejarla respondiendo a los intereses de la audiencia. La responsabilidad, ciñéndonos al caso español, está en los que dirigen políticamente las televisiones públicas y en las empresas privadas de televisión cerradas exclusivamente en los beneficios comerciales. Unas y otras han emprendido una carrera para ganar audiencias

y ponerlas a los pies de la publicidad, degradando a los públicos hasta convertirlos en simples consumidores de lo que unos y otros quieran anunciar.

La competencia entre televisiones ha instalado en la programación, para atrapar la atención de los públicos, la exposición de toda serie de comportamientos que tienen en la violencia una de sus vertientes fundamentales. El crimen, la sinrazón, el chantaje, las conductas irregulares que siempre se justifican en razón a su "humanidad", aparecen tanto en los programas de ficción, como en los que pretenden ser informativos, cuando se obliga a los profesionales del medio a mirar por el ojo de la cerradura los comportamientos más oscuros de nuestra sociedad. Los "culebrones" y lo que se ha convenido en llamar *reality show*, consiguen lo que tal vez no se hayan propuesto: construir unos telespectadores de encefalograma plano en los que todo mensaje deje su mella.

La alarma social ante lo que se entiende como "Telebasura" no se ha hecho esperar y sólo en los meses de junio y julio de 1994, hemos podido leer, entre otros, los siguientes titulares: "Todo vale en la guerra de las Teles", "Competir hasta la muerte", "Amarillismo, irresponsabilidad y mentiras en la TV de FG", "Las mentiras de una máquina de la verdad", "El número de escenas violentas se ha multiplicado por diez en los programas infantiles", "La caza informativa del menor: alarma social por la difusión de nombres e imágenes de niños implicados en delitos", "Pugna entre TVE y Tele 5 por un programa de sucesos", "Las cadenas públicas y privadas convierten los sucesos en estrellas de la programación", "El culebrón interactivo: la audiencia puede participar en el plató y por teléfono", "La telebasura deforma la realidad social y cultural", "La realidad desplaza a la ficción", "Los niños descubren hoy el sexo a través de la TV", "La pequeña pantalla, escuela de criminalidad", "Informe Semanal adquirió heroína para se pinchara un adicto ante la cámara", "Los crímenes más feroces, a subasta en los Estados Unidos".

Es de lamentar que las televisiones privadas recurran a esta programación para su legítimo negocio, pero, es intolerable, y, posiblemente ilegal, que hagan lo mismo las televisiones públicas, llamadas estatutariamente a otro tipo de programación. La consecuencia de esta carrera por el público-cliente no es otra que el continuo descenso de la calidad de la programación, en la que los espacios estrictamente culturales han desaparecido casi por completo y en la continua exhibición de series y ciclos sobre realidades que nada tienen que ver con la identidad y los hábitos culturales de los espectadores.

Pero, este espectador enajenado por unos contenidos televisivos, que le sumen en la inanidad y en la inercia de lo fácil, es además un ciudadano escasamente informado, especialmente por lo que respecta a las televisiones públicas. La manipulación de las televisiones públicas al servicio de los partidos gobernantes, ha alcanzado en nuestro país las cotas propias de situaciones predemocráticas, e incluso, abiertamente totalitarias. Por eso tiene razón la cita de Salinger con la que comenzábamos este texto: la televisión es mucho más honesta cuando se aleja del Gobierno. La deshonestidad del Gobierno, marcadamente en los últimos tiempos, ha supe-

rado sus propias cotas de impudicia en el uso de la televisión, llegando incluso a la desfachatez.

Y, no se trata sólo de poner la televisión al servicio de los actos del Gobierno y del partido del Gobierno. Los espectadores de *TVE* han sido sometidos a unos límites tales de desinformación, que habría que recurrir al uso totalitario de los medios de comunicación, tan lamentables en épocas anteriores que creíamos superadas. Y todo ello, en contra de la voluntad y el buen hacer de los profesionales de la propia televisión oficial.

La manipulación de las noticias y la ocultación de la realidad, suponen un acto de violencia mucho más grave que la violencia común, porque inciden directamente sobre el conocimiento y la libertad de los ciudadanos. Esta violencia de la manipulación y de la mentira, actúa violentamente sobre las mentes de los públicos, a los que esa presión obliga a la pasividad, cuando no a la adhesión automática a lo que quiere el poder.

El verdadero problema, por lo tanto, en lo que atañe a las consecuencias negativas de la violencia en televisión, no reside sólo en el gran número de actos violentos que la televisión difunde, sino en la fragilidad crítica que una programación fácil y una desinformación programada, provocan en los telespectadores. Mientras la televisión sea solamente un instrumento para la manipulación de los públicos o para convertirlos en clientes de la publicidad, todas las secuelas nocivas de la televisión serán posibles. Sólo es necesario que los telespectadores sean considerados ciudadanos.